

# El arte de combinar la informática con la traducción

Graciela Gianately de White

Desde Carolina del Norte, esta traductora pública relata su competitiva experiencia en Estados Unidos. Trabajó para IBM, agencias y de forma independiente y, actualmente, se desempeña en gestión de "proyectos de globalización".



Cuando egresé de la UBA en 1980 como traductora pública ya trabajaba de secretaria bilingüe en IBM pero tenía pocas oportunidades de aplicar mis conocimientos de traducción. Poco después apareció lo que esperaba. En 1983, IBM Argentina decidió abrir el Centro de Traducciones de América Latina para ocuparse de la traducción de software y de la documentación correspondiente para abastecer los mercados latinoamericano y español. Durante el período 1983-1988 estuve allí y aprendí los fundamentos de informática que luego me ayudaron a incursionar en el campo de la traducción técnica.

A mediados de los '80, la traducción de software era una actividad casi desconocida en el ambiente argentino. Fue fascinante ser partícipe de esos primeros proyectos que requerían no sólo saber traducir sino también conocer elementos de informática, manejar herramientas de traducción y visitar los laboratorios de desarrollo de software que IBM tenía en EE.UU. y Europa para interactuar con los "cerebros creadores" de las aplicaciones, aprender su funcionamiento y posteriormente realizar la verificación lingüística del producto ya traducido.

En uno de los viajes al exterior, más precisamente a Research Triangle Park, Carolina del Norte, uno de los más grandes laboratorios de desarrollo de software que IBM tiene en EE.UU., conocí a mi futuro esposo. En 1988, partí de Buenos Aires con mis libros y me instalé en Cary, un "pueblo" de 70.000 habitantes en aquel entonces (la población actual hoy supera los 110.000). La inserción laboral no fue nada fácil principalmente porque no había ninguna demanda local de traductores, lo cual fue un poco decepcionante. Sin embargo, conseguí un em-

pleo como asistente editorial, que me permitió reiniciar una carrera ya que debí comenzar de cero y en un área que no era precisamente la mía.

En 1990, mi familia creció súbitamente por partida doble con el nacimiento de mis mellizos Matthew y María Cecilia. Dicen que los chicos traen un pan debajo del brazo y así ocurrió. Había decidido no volver a trabajar en relación de dependencia y cuidar a mis bebés cuando, a los pocos meses, leí un aviso en el diario donde pedían traductores. Me postulé para el puesto con la condición de que me permitieran trabajar desde mi casa y luego recibí una oferta laboral gracias a la calidad de mi trabajo. Quiero aclarar que mi formación profesional y experiencia previa fueron las razones por las cuales se concretó esta oportunidad laboral. La agencia en cuestión sólo había trabajado con personas bilingües pero no profesionales traductores.

A partir de entonces, conseguí trabajos relacionados con varias agencias del país, y comprobé que la situación que se había dado en Carolina del Norte se iba repitiendo con otros empleadores: el profesionalismo inclinaba la balanza a mi favor. Lentamente fui armando mi propia cartera de clientes y organicé mi estudio de traducciones, en el cual desempeñaba también otras funciones, como relaciones públicas, tareas contables, administración de proyectos e instalación de herramientas.

Entre marzo de 1992 y septiembre de 2002 participé en proyectos muy variados, no sólo de localización de software y documentación, sino también en la traducción de material sobre ingeniería eléctrica, telecomunicaciones, publicidad y cursos de capacitación en línea, entre otros. Estos mis-

mos proyectos fueron los que me llevaron a interactuar con colegas y a, tímidamente, descubrir a otros traductores públicos argentinos que poblaban los rincones de EE.UU..

Aunque el ambiente de los traductores inglés-castellano en EE.UU. es muy grande, he tenido la oportunidad de colaborar con otros argentinos en proyectos administrados por agencias de traducción. Debo decir que las traducciones profesionales se distinguen claramente por su calidad, y en más de una oportunidad no tuve dudas de que el trabajo que estaba corrigiendo había sido hecho por un(a) compatriota. Es más, al elogiar la excelente calidad del material, la gente de la agencia se enorgullecía al decir que se trataba de un traductor argentino.

La capacitación se concretó mediante la asistencia a congresos de traducción y cursos a distancia con el maestro Leandro Wolfson.

La asociación local de traductores e intérpretes (<http://www.catiweb.org/>) nuclea a una gran cantidad de intérpretes más que traductores y me ha brindado la oportunidad de dictar cursos de perfeccionamiento y compartir mis experiencias.

En los últimos tres años me he apartado del placer diario de traducir para dedicarme a la gestión de "proyectos de globalización". En otras palabras, me ocupo de planificar la verificación funcional y lingüística de las aplicaciones de software desarrolladas por la División Tivoli de IBM. Es un trabajo realmente interesante que combina mi experiencia de traducción en temas de informática con la coordinación de proyectos, y me permite seguir interactuando con colegas en todo el mundo.